

prendiendo la cosa, le prestó el servicio de alejar á Steiner, y de conducirle por la mano, á lo largo del obscuro pasillo, hasta la alcoba de Naná. Para asuntos de este jaez, Labordette era de una distinción perfecta, muy astuto, y como encantado de procurar la felicidad á los demás. Naná no se encontró sorprendida, sino solamente fastidiada del frenesí de Muffat en perseguirla. Hay que ser formal en la vida: ¿verdad? Amar, era demasiado tonto, y á nada conducía. Después, tenía escrúpulos, á causa de la tierna edad de Zizí; verdaderamente, se había conducido de una manera poco decorosa. ¡A fe mía! lo mejor era volver al buen camino; así, pues, tomaba á un viejo.

—Zoé,—dijo á la doncella encantada de abandonar el campo,—mañana al levantarte arreglarás las maletas; nos volvemos á París.

Y se quedó con Muffat, pero sin placer.

## VII

Tres meses después de una noche de diciembre, paseábase el conde Muffat por el Pasaje de los Panoramas. La temperatura era muy suave; un aguacero acababa de llenar el Pasaje de una oleada de gente.

Había allí un tropel, un desfile penoso y lento, apretado entre las tiendas. Bajo los vidrios blanqueados por los reflejos resplandecían una violenta iluminación, una corriente de claridades, globos blancos, linternas rojas, transparentes azules, baterías de gas, relojes y abanicos gigantes con perfiles de llama ardiendo en el aire; y la mezcolanza de los escaparates, el oro de las bisuterías, los bocales de los confiteros, las sedas claras de las modistas flameaban, detrás de la pureza de los cristales, en la viva luz de los reflectores, mientras que, entre el baturrillo pintarrajeado

de las muestras, un enorme guante de púrpura, á lo lejos, parecía una mano sangrienta, cortada y sostenida por una manga amarilla.

Paulatinamente, el conde Muffat había subido hasta el bulevar. Dirigió una ojeada al arroyo y dió la vuelta, á cortos pasos, rozando con las tiendas. Un aire húmedo y tibio difundía un vapor luminoso por el angosto pasadizo. A lo largo de las losas mojadas por el gotear de los paraguas, los pasos resonaban, continuamente, sin un ruido de voz.

Los transeuntes, codeándole á cada vuelta, examinaban su faz silenciosa, descolorida por el gas. Entonces, para escapar á estas curiosidades, el conde se paró ante una papelería, contemplando con profunda atención un escaparate de prensa-papeles y bolas de vidrio, en que flotaban paisajes y flores.

No veía nada; pensaba en Naná. ¿Por qué acababa de mentirle una vez más? Por la mañana, le había escrito que no se molestara aquella noche, pretextando que Luisito estaba enfermo y que pasaría la noche en casa de su tía, velándole. Pero él, recelando, se había presentado en su casa, y allí supo por la portera que la señora acababa de salir en aquel momento en dirección á su teatro. Esto le extrañaba, por cuanto Naná no figuraba en la nueva obra. ¿Por qué, pues, este embuste, y qué podía hacer ella en Variedades aquella noche?

Empujado por un transeunte, el conde, sin darse cuenta de ello, dejó los prensa-papeles y se encontró ante un escaparate de quincalla, contemplando con aire absorto una colección de carteras y petacas que, en uno de los ángulos, ostentaban la misma golondrina azul. Verdaderamente, Naná había cambiado. En los primeros tiempos, después de su regreso del campo, la joven le enloquecía, cuando le besaba en la cara, sobre sus pañillas, con mimos de gata, jurándole que él era su perro querido, el único hombrecito á quien adoraba.

Ya no tenía celos de Jorge, retenido por su madre en las Fondettes. Quedaba el grueso Steiner, á quien pensaba reemplazar, pero tocante al cual no se atrevía á provocar una explicación. Constábase que se hallaba de nuevo en extraordinarios apuros de dinero, á punto de ser ejecutado en la Bolsa, aferrándose á los accionistas de las Salinas de las Landas y procurando hacerles soltar un postrer dividendo. Cuando le encontraba en casa de Naná, ésta le explicaba, en tono razonable, que no quería plantarle de patas en la calle como á un perro, después de lo mucho que había gastado por ella. Por otra parte, desde hacía tres meses, vivía el conde en un tal aturdimiento sensual que, fuera de la necesidad de poseerla, no experimentaba nada claro. Era, el despertar tardío de su carne, como una glotonería de niño, que no dejaba lugar á la vanidad, ni á los celos.

Sólo una sensación precisa podía herirle: Naná se volvía menos cariñosa, ya no le besaba en la barba. Esto le tenía inquieto, y se preguntaba qué tendría ella que reprocharle, como hombre que ignora lo que son las mujeres. Sin embargo, él pensaba que satisfacía todos sus deseos. Y volvía siempre á la carta de aquella mañana, á aquella complicación de mentira, con el simple objeto de pasar la velada en su teatro.

A un nuevo empuje de los paseantes, había cruzado el Pasaje, y daba tortura á su cerebro ante el vestibulo de un restaurant, con los ojos fijos sobre unas alondras desplumadas y un gran salmón extendido en un escaparate.

Por último, pareció arrancarse á este espectáculo. Irguió la cabeza, levantó los ojos y observó que eran cerca de las nueve. Naná iba á salir; le exigiría la verdad; y echó á andar, recordando las veladas que había pasado ya en aquel sitio, cuando la esperaba á la puerta del teatro.

Todas las tiendas le eran conocidas; en aquel am-

biente cargado de gas, percibía las emanaciones fuertes de la piel de Rusia, los perfumes de vainilla subiendo de los sótanos de un chocolatero, los hálitos de almizcle exhalados por las abiertas puertas de los perfumistas.

Así, pues, no osaba ya detenerse ante los rostros pálidos de las señoras del mostrador, que le miraban plácidamente, como fisonomía conocida. Por un momento, pareció que examinaba la hilera de ventanillas redondas, situadas encima de las tiendas, como si las viese por vez primera, entre el hacinamiento de rótulos. Después, subió de nuevo hasta el bulevar, y permaneció allí un minuto.

La lluvia caía entonces en fino polvillo, cuya frescura, al humedecer sus manos, le calmó. Actualmente, pensaba en su mujer, que se encontraba cerca de Magon en un castillo donde su amiga, la señora de Chzelles, estaba muy enferma desde el otoño. Los coches, sobre el arroyo, rodaban en medio de un río de barro; el campo debía estar abominable, con un tiempo tan ruín.

Pero, de improviso, presa de cierta inquietud, volvió á penetrar en el sofocado ambiente del Pasaje, caminando á grandes pasos por entre los transeuntes; habíale acudido la idea de que, si Naná sospechara, podía evadirse por la galería Montmartre.

Desde entonces, el conde se puso en acecho á la puerta misma del teatro. Por temor á que le reconociesen, le gustaba mucho esperar en aquel extremo de pasadizo, que formaba, en el ángulo de la galería de Variedades y de la galería de Saint-March, un rincón lóbrego, con tiendas oscuras, una zapatería sin parroquianos, almacenes de muebles polvorientos, un gabinete de lectura ahumado, soñoliento, cuyas lámparas encapuchadas dormían, por la noche, en un resplandor verde; y allí no había jamás sino caballeros elegantemente vestidos y pacientes, rodando entre lo que más abunda en las entradas de los ar-

tistas: las borracheras de los tramoyistas y los guñapos de las figurantas.

Delante del teatro, un solo mechero de gas, en un globo deslustrado, iluminaba esta puerta. Muffat tuvo un momento la idea de interrogar á la señora Bron; mas temiendo que Naná, prevenida, se escurriese por el bulevar, emprendió nuevamente la marcha, decidido á esperar á que le echasen fuera para cerrar las verjas, como ya le había ocurrido dos veces; la idea de tener que dormir solo, le oprimía el corazón.

Cada vez que alguna muchacha con la cabeza descubierta, ó algún hombre mal trajeado, salían y le miraban, volvía á plantarse ante el gabinete de lectura donde, por entre dos anuncios pegados á un cristal, veía siempre el mismo espectáculo: un viejecito, rígido y solo, sentado junto á una inmensa mesa, en la mancha verde de la lámpara, leyendo un periódico verde, con manos verdes.

Empero pocos minutos antes de las diez, otro caballero, alto, buen mozo, rubio, muy enguantado, comenzó á pasearse también por delante del teatro. Entonces, ambos, á cada vuelta, se dirigieron una mirada oblicua, con aire de desconfianza. El conde llegaba hasta el ángulo de las dos galerías adornado de un gran espejo, y al contemplarse allí, con su fisonomía grave y su apostura correcta, sentía cierta vergüenza mezclada de miedo.

Dieron las diez. Muffat, bruscamente, pensó que le era muy fácil cerciorarse de si Naná estaba en su cuarto. Subió los tres escalones, atravesó el pequeño vestíbulo estucado de amarillo y después se deslizó en el patio por una puerta, cerrada simplemente con pestillo.

A aquella hora el patio, angosto, húmedo con fondo de pozo, con sus retretes apestandos, su fuente, el hornillo de la cocina y las plantas que allí amontonaba la portera, estaba anegado por un vapor negro; pero las dos tapias que se alzaban, agujereadas por ventanas, resplandecían: abajo, el almacén de acceso-

rios y el retén de los bomberos; á izquierda, la administración; á derecha y arriba, los cuartos de los artistas.

Eran, á lo largo del pozo, como bocas de horno abiertas en las tinieblas. El conde había visto, inmediatamente, los vidrios del cuarto iluminados, en el primer piso; y, aliviado de un gran peso, feliz, olvidaba sus angustias, mirando arriba, entre el grasiento lodo y la insípida hediondez de aquel lado posterior de vieja casa parisiense. Gruesas gotas caían de una gotera.

Un rayo de luz, deslizado de la ventana de la señora Bron, amarilleaba un ángulo del empedrado musgoso, un bajo de tapia comido por las aguas de un vertedero, todo un rincón de basura atestado de viejos cubos y de barreños rotos, donde verdeaba en una marmita un enclenque arbolillo. Oyóse el rechinar de una ventana, y el conde se largó.

Seguramente, Naná iba á bajar. Muffat volvió ante el gabinete de lectura; en la sombra adormecida, manchada con un resplandor de lamparilla, el viejecito no se había movido, y continuaba absorbido en su periódico.

Después, prosiguió andando.

Ahora llevaba su paseo más lejos; atravesaba la gran galería, seguía la galería de Variedades hasta la galería Feydeau, desierta y fría, sumida en una lóbrega obscuridad; y volvía atrás, pasaba por delante del teatro, doblaba la esquina de la galería Saint-March y se aventuraba hasta la galería Montmartre, donde una máquina de aserrar azúcar, en casa de un droguero, llamaba su atención.

Pero á la tercera vuelta, el dolor de que Naná se escurriese á sus espaldas, le hizo perder todo respeto humano.

Plantóse, con el caballero rubio, ante el teatro mismo, cambiando ambos una mirada de humildad fra-

ternal, encendida por un resto de desconfianza sobre una rivalidad posible.

Unos tramoyistas, que salían á fumar una pipa durante un entreacto, les empujaban, sin que ni uno ni otro osara quejarse.

Tres muchachas mal peinadas, suciamente vestidas, aparecieron en el umbral, comiendo manzanas y escuchando las pepitas; y ambos bajaron la cabeza, permaneciendo bajo el descaro de sus miradas, y la crudeza de sus palabras, salpicados, manchados por las bribonas, que encontraron chusco arrojar sobre ellos, empujándose.

Precisamente, Naná bajaba los tres escalones, y quedó blanca, de puro pálida, al percibir á Muffat.

—¡Ah! ¡soís vos!—balbuceó.

Las figurantas, que reían, tuvieron miedo, al reconocerla; y se quedaron plantadas en línea, con el aire humilde y serio de criadas sorprendidas por la señora, mientras cometen alguna maldad. El buen mozo rubio se había apartado, á la vez tranquilizado y triste.

—¡Ea! ¡dadme el brazo!—repuso Naná, con impaciencia.

Y los dos se marcharon, lentamente. El conde, que había preparado un interrogatorio, no encontraba nada que decir.

Ella fué la que, con voz rápida, le contó una historia; estaba todavía en casa de su tía, á las ocho; después, viendo á Luisito muy mejorado, había tenido la idea de ir un momento al teatro.

—¿Para algún asunto importante?—preguntó él.

—Sí; una obra nueva,—respondió ella, después de vacilar.—Querían que les diese mi opinión.

El conde comprendió que le engañaba. Pero la sensación tibia de aquel brazo, fuertemente apoyado sobre el suyo, le dejaba sin fuerza. Ya no conservaba cólera, ni rencor, por su larga espera; su único cuidado era conservarla á su lado, ahora que la tenía,

A la mañana siguiente, procuraría saber qué había ido á hacer en su cuarto.

Naná, siempre vacilante, visiblemente presa de esa lucha interior de la persona que procura reponerse y tomar una resolución, se detuvo al doblar el ángulo de la galería de Variedades, ante el escaparate de una abaniquería.

—¡Caramba!—murmuró;—¡qué bonito es ese varillaje de nácar con plumas!

Después, con acento de indiferencia:

—¿Con que me acompañas á casa?

—Naturalmente,—dijo él, atónito,—¡puesto que tu hijo sigue mejor!

Naná se arrepintió de su embuste. Tal vez Luisito había sufrido una nueva crisis. Y habló de volver á Batignolles; pero viendo que él se ofrecía á acompañarla, no insistió.

Por un momento, sufrió el coraje silencioso de la mujer que se ve atrapada y que debe mostrarse amable.

Finalmente, se resignó, y volvió á ganar tiempo; con tal de que se desembarazara del conde á media noche, todo podía arreglarse á medida de su deseo.

—Ahora recuerdo que esta noche eres viudo,—murmuró ella.—Tu mujer no vuelve hasta mañana por la mañana, ¿no es así?

—Sí,—contestó Muffat, algo vejado por oírle hablar familiarmente de la condesa.

Pero ella insistió, preguntando la hora del tren y deseando saber si iría á esperarla á la estación.

Y había aflojado el paso, como si las tiendas excitasen vivamente su interés.

—¡Mira!—exclamó parándose ante una joyería:—¡qué lindo brazalete!

Naná adoraba el Pasaje de los Panoramas. Era una pasión que, desde sus tiernos años, conservaba por el oropel de los artículos de París, las joyas falsas, el doublé, el cartón imitado al cuero.

Cuando pasaba por allí, no podía separarse de los escaparates, como en la época en que arrastraba sus chancas de pilluela, extasiándose ante los bombones y pastillas de un chocolatero, oyendo tocar el organillo en una tienda vecina, dominada sobre todo por el gusto chillón de las baratijas de poco precio, neceseres en cáscaras de nuez, cestos de trapero para los mondalientes, columnas de Vendome y obeliscos con termómetros.

Pero, aquella noche estaba demasiado preocupada, y miraba sin ver.

Al fin y al cabo, la fastidiaba eso de no ser libre; y en su sorda rebelión, hervía el furioso deseo de hacer una barbaridad.

¡Vaya una ganga, tener por queridos á hombres de buena posición!

Acababa de arruinar al príncipe y á Steiner con caprichos de niña, sin que supiese donde había ido á parar el dinero.

Su habitación del bulevar Haussmann ni siquiera estaba amueblada enteramente; solamente el salón, tapizado de raso rojo, desentonaba por lo muy adornado y lleno.

Ahora, sin embargo, los acreedores la atormentaban más que antes, cuando no tenía un sueldo, lo cual le causaba una continua sorpresa, porque se citaba á sí misma como un modelo de economía.

Desde hace un mes, ese ladrón de Steiner con dificultad encontraba mil francos, los días en que le amenazaba con plantarle de patas en la calle, si no se los traía.

En cuanto á Muffat, éste era un imbécil; como ignoraba lo que se acostumbraba á dar en casos tales, ella no podía tacharle de avaro.

¡Ah! ¡con qué gusto no habría mandado á paseo á toda esa gente, si no fuera por las máximas de buena conducta que se impusiera!

Era menester ser razonable, Zoé se lo decía cada ma-

ñana; y ella misma tenía siempre presente un recuerdo religioso, la visión regia de Chaumont, sin cesar evocada y engrandecida.

Por esto, á pesar de un temblor de cólera reprimida, andaba sumida del brazo del conde, yendo de uno á otro escaparate, en medio de los transeuntes cada vez más escasos.

Fuera del Pasaje, el empedrado se secaba; un viento fresco, que enfilaba la galería, barría el cálido ambiente contenido bajo el techo de cristales y agitaba las lámparas de color, las baterías de gas y el abanico gigante, que ardían como piezas de fuegos artificiales.

A la puerta del restaurant, un camarero apagaba los globos; mientras que, en las tiendas vacías y resplandecientes, las señoras del mostrador parecían estar dormidas con los ojos abiertos.

—¡Ah! ¡qué bonito!—repuso Naná, ante el último escaparate, retrocediendo algunos pasos para enternecerse ante una galguita de porcelana con la pata levantada junto á un nido oculto entre rosas.

Por último, salieron del Pasaje y ella no quiso coche. Hacía una noche preciosa, decía ella; por lo demás, como nada les urgía, sería una delicia ir paseando hasta casa.

Después, al llegar ante el Café Inglés, tuvo un capricho; habló de comer ostras, refiriendo que no había tomado nada desde la mañana, á causa de la enfermedad de Luisito.

Muffat no se atrevió á contrariarla; pero como aun no se exhibía en público con ella, pidió un gabinete, deslizándose rápidamente á lo largo de los pasillos.

Ella le seguía, como mujer que conoce al dedillo la casa, é iban á penetrar en un gabinete cuya puerta mantenía abierta un camarero, cuando de un salón vecino, donde se elevaba una tempestad de riso-

tadas y gritos, salió bruscamente un hombre. Era Daguinet.

—¡Toma! ¡Naná por acá!—gritó.

Vivamente, el conde había desaparecido en el gabinete, cuya puerta quedó entreabierta. Pero al percibir sus espaldas, Daguinet guiñó los ojos, añadiendo en tono de burla:

—¡Cáspita! ¡progresas mucho! ¡ahora las tomas á las Tullerías!

Naná sonrió, aplicando un dedo sobre sus labios, para rogarle que callase. Aunque le veía muy achispado, no dejaba de serle grato aquel encuentro, pues le conservaba un rincón de ternura á pesar de su ruindad de no reconocerla cuando iba con señoras de buen tono.

—¿Qué es de ti?—preguntó ella amistosamente.

—¡Me vuelvo formal de veras! pienso en casarme.

Ella se encogió de hombros con aire de piedad. Pero él, bromeando, añadía que no era vida aquello de ganar en la Bolsa, precisamente lo justo para regalar ramilletes á las damas, á fin de portarse á lo menos como un muchacho decente. Sus trescientos mil francos le habían durado dieciocho meses. Quería ser hombre práctico; se casaría con una buena dote y acabaría por ser prefecto, como su padre. Naná contintaba sonriendo incrédula. E indicó el salón con un movimiento de cabeza.

—¿Con quién estás ahí?—preguntó.

—¡Oh! ¡es toda una pandilla!—dijo él, olvidando sus proyectos bajo una ráfaga de embriaguez.—Figúrate tú que Lea nos está contando su viaje á Egipto; ¡es muy chusco! hay una historia de baño...

Y refirió la historia. Naná se retardaba con complacencia. Había concluido por apoyarse de espaldas en las paredes del pasillo, uno enfrente de otro.

Bajo el techo bajo, ardían mecheros de gas, y un vago olor de cocina dormía entre los pliegues de las colgaduras. A veces para oírse, cuando la zambra del

salón aumentaba, tenían que aproximar sus rostros. Cada veinte segundos, un camarero cargado de platos, encontrando obstruido el pasillo, les separaba. Mas ellos, sin interrumpirse, se arrimaban contra las paredes, tranquilos, charlando como en su casa, en medio de la batahola de los comensales y de los empujones del servicio.

—Mira,—murmuró el joven, mostrando con un gesto la puerta del gabinete donde había desaparecido Muffat.

Los dos miraron. La puerta sufría ligeros estremecimientos, como si la agitara un soplo. Por último se cerró, con extrema lentitud, sin el menor ruido. Los dos cambiaron una risa silenciosa. ¡Valiente facha debía estar el conde, solo, allí dentro!

—A propósito,—preguntó Naná:—¿has leído el artículo que Fauchery me dedica?

—Sí: «La mosca de oro»,—respondió Daguinet;—no te hablaba de él, por temor de darte un disgusto.

—Disgusto ¿por qué? Es muy largo ese artículo.

Sentíase lisonjeada de que se ocupasen de su persona en el *Figaro*. A no ser por las explicaciones de su peluquero Francisco, que le había traído el periódico, ni siquiera hubiera comprendido que se trataba de ella. Daguinet la examinaba atentamente, riendo con su aire burlón. En fin, puesto que ella estaba contenta, todo el mundo debía estarlo.

—¡Con permiso!—gritó un camarero, que los separó llevando con ambas manos una bandeja de sorbetes.

Naná había dado un paso hacia el gabinete donde la esperaba Muffat.

—¡Con qué, adiós!—repuso Daguinet.—Vete á reunirte á tu cornudo.

Ella se detuvo de nuevo.

—¿Por qué le llamas cornudo?

—¡Por qué lo es, pardiez!

Naná volvió á apoyarse en la pared del pasillo, profundamente interesada.

—¡Ah!—dijo sencillamente.

—¡Cómo! ¿No sabías eso? Su mujer se entiende con Fauchery, querida... Eso debió comenzar en el campo... Hace un momento, cuando venía yo aquí, Fauchery me ha dejado, y sospecho que tiene una cita en su casa esta noche. Creo que han inventado un viaje.

Naná permanecía silenciosa, sofocada por la emoción.

—¡Lo sospechaba!—exclamó al fin, golpeándose los muslos.—Lo adiviné sólo con verlos, aquel día en el camino... ¡Es posible que una mujer honrada engañe á su marido con ese pelagatos de Fauchery! ¡Bonitas lecciones le dará!

—¡Oh!—murmuró Daguinet malignamente,—no creas que ese sea su primer ensayo. Tal vez sabe ella tanto como él.

Entonces, Naná soltó una exclamación, indignada:

—¿De veras? ¡vaya qué mundo! ¡eso es demasiado sucio!

—¡Con permiso!—gritó un camarero cargado de botellas, separándolos.

Daguinet la acercó hacia sí y la retuvo un momento por la mano. Había recobrado su voz de cristal, una voz de notas harmónicas, á la que debía sus grandes éxitos con las damas de este jaez.

—Adiós, querida... Ya sabes que siempre se te quiere.

Ella se desprendió; y sonriente, cubierta su voz por una tempestad de gritos y aplausos que hacía retremblar la puerta del salón, replicó:

—¡Tonto! ¡eso ha concluido!... Mas no importa. Ven uno de esos días, y charlaremos.

Después, poniéndose muy seria, con el acento de una burguesa indignada:

—¡Ah! ¡con qué es cornudo!... Pues bien, querido, la cosa es cargante. Siempre me ha empalagado un cornudo.

Cuando, por fin entró en el gabinete, percibió á Mu-

ffat sentado en un angosto diván, resignado, pálida la faz y trémulas sus manos. No la dirigió el menor reproche. Ella trastornada, vacilaba entre la piedad y el desprecio. ¡Pobre hombre á quien una infame mujer engañaba tan indignamente! Ganas le daban de arrojarse á su cuello, para consolarle. Pero, en resúmidas cuentas, merecido se lo tenía; ya que era un imbécil con las mujeres, aquello le serviría de experiencia.

Sin embargo, la piedad salió triunfante. No le abandonó después de haber comido sus ostras, como se había propuesto. Apenas permanecieron un cuarto de hora en el Café Inglés, y entraron juntos en la habitación del bulevar Haussman. Eran las once: antes de media noche ya encontraría un medio suave de despedirle.

Por prudencia en la antecámara dió una orden á Zoé:

—Esperarás á que llegue, y le encargarás que no haga ruido, si el otro se halla aún en mi compañía.

—Pero ¿dónde le meto, señora?

—Mételo en la cocina; es lo más seguro.

Muffat en el cuarto, se quitaba ya la levita. Ardía un vivo fuego. Era siempre la misma alcoba, con sus muebles de palisandro, sus colgaduras y sus sillas de damasco bordado con grandes flores azules sobre fondo gris. Por dos veces había pensado Naná en renovarla; la primera, toda de terciopelo negro; la segunda, de raso blanco, con franjas de rosa; pero, desde que Steiner daba su consentimiento, exigía ella el dinero que costaría la renovación y se lo comía.

Únicamente satisfizo el capricho de una piel de tigre, que colocó ante la chimenea, y una lámpara de cristal colgada del techo.

—¡No tengo sueño; no me acuesto!—dijo en cuanto hubieron cerrado la puerta.

El conde la obedecía con una sumisión de hombre que ya no teme que le vean. Su única preocupación era no enojarla.

—Como quieras,—murmuró.

Sin embargo, se quitó los botines, antes de sentarse junto al fuego. Uno de los placeres de Naná era desnudarse delante de su armario espejo, donde se veía de cuerpo entero. Dejaba caer al suelo hasta su camisa; después, completamente desnuda, se extasiaba mirándose largo tiempo. Era una pasión de su cuerpo, un arrobamiento del raso de su piel y de la línea ondulante de su talle, que la ponía seria, atenta, absorta en un amor á sí misma. A menudo, el peluquero la encontraba así, sin que ella volviese la cabeza.

Entonces, Muffat se incomodaba, y ella quedaba sorprendida. ¿Le podía robar, acaso, algo de su cuerpo el péluquero? Aquello no lo hacía para los demás, sino para ella.

Aquella noche, queriendo verse mejor, encendió las seis bujías del armario. Pero, cuando dejaba deslizarse su camisa, se detuvo, preocupada desde hacía un momento, teniendo una pregunta en la punta de la lengua.

—¿No has leído el artículo del *Figaro*?... Ahí está el periódico, sobre la mesa.

La risa de Daguinet le venía á la memoria, preocupándola cierta duda. Si ese Fauchery la había puesto en ridículo, se vengaría.

—Dicen que se trata de mí en ese artículo,—añadió afectando un aire de indiferencia.—¿Eh? ¿qué opinas tú, querido?

Y, soltando su camisa, esperando á que Muffat hubiese acabado su lectura, permaneció desnuda. Muffat leía lentamente. La crónica de Fauchery, intitulada: «La Mosca de Oro», era la historia de una muchacha, vástago de cuatro ó cinco generaciones de borrachos, de sangre viciada por una larga herencia de miseria

y de embriaguez, que se transformaba en ella en un desarrollo nervioso de su sexo de mujer.

Había crecido en un arrabal, sobre el embaldosado parisiense; y alta, y bella, de carne soberbia, como planta de pleno estercolero, vengaba á los indigentes y abandonados cuyo producto era. Con ella, la podredumbre que se dejaba fermentar en el pueblo, subía y corrompía á la aristocracia. Venía á ser como una fuerza de la naturaleza, un fermento de destrucción, sin quererlo ella misma, corrompiendo y desorganizando á París entre sus muslos de nieve, maleándole, como algunas mujeres, cada mes, vuelven agria la leche. Y al final del artículo, se encontraba la comparación de la mosca, una mosca color de sol, remontando el vuelo desde la basura, una mosca que libaba la muerte en los cadáveres arrojados á lo largo de los caminos y que, zumbando, danzando, lanzando un resplandor de pedrería, envenenaba á los hombres con sólo posarse sobre ellos, en los palacios donde entraba por las ventanas.

Muffat alzó la cabeza, con los ojos fijos, mirando al fuego.

—¿Y qué?—preguntó Naná.

Pero él no contestó. Pareció que quería volver á leer la crónica. Una sensación de frío descendía desde su cráneo hacia sus espaldas. Aquella crónica estaba escrita endiabladamente, con cabriolas de frases, y una exageración de palabras imprevistas y de comparaciones chuscas. Sin embargo, permanecía impresionado por su lectura que, brutalmente acababa de despertar en él todo cuanto evitaba remover, á todo trance, desde hacía algunos meses.

Entonces, alzó los ojos. Naná se había absorbido en un arrobamiento de sí misma; inclinaba el cuello mirando con atención en el espejo un pequeño lunar obscuro que tenía encima de la cadera derecha; y lo tocaba con la yema del dedo; lo hacía resaltar inclinándose más y encontrándolo, sin duda, gracioso



y lindo en aquel sitio. Después estudió otras partes de su cuerpo, distraída, dormida por sus curiosidades de niña viciosa. Siempre le causaba una nueva sorpresa el contemplarse; y cada vez, resplandecía en su fisonomía el aire asombrado y seducido de una muchacha que descubre su pubertad.

Lentamente, abrió los brazos para desarrollar su busto de Venus mórbida: dobló la cintura, examinándose de espaldas y de frente, deteniéndose en el perfil de la garganta y en la redondez fugitiva de sus muslos.

Y acabó por recrearse en el singular juego de un balanceo á derecha é izquierda, separadas las rodillas, girando la cintura sobre sus riñones, con estremecimiento continuo de una almea bailando la danza del vientre.

Muffat la contemplaba. Aquella mujer le daba miedo. El periódico se le había caído de las manos. En este momento de visión neta, se despreciaba á sí propio. Así era: en tres meses, Naná había corrompido su vida, y él se sentía viciado hasta las médulas por suciedades que nunca sospechara. Todo iba á pudrirse en él, actualmente. Por un momento, tuvo conciencia de los accidentes del mal, vió la desorganización aportada por aquel fermento, él envenenado, su familia destruída, un rincón de sociedad que crujía y se hundía. Y no pudiendo desviar los ojos, la miraba fijamente y procuraba saciarse con el asco de su desnudez.

Naná no se movió ya. Con un brazo detrás de la nuca, y una mano cogida en la otra, echaba atrás la cabeza, separando los codos. Muffat veía de perfil sus ojos entornados, su boca entreabierta, su faz anegada por una amorosa sonrisa; y, por detrás, su mata de rubios cabellos destrenzada, cubriéndole el dorso con un manto de leona. Doblada y tendido el flanco, mostraba sus sólidos riñones y su duro seno de guerrera, de fuerte musculatura debajo del satinado grano de la piel. Una línea finísima, apenas ondulada

por el hombro y la cadera, bajaba desde uno de sus codos á su pie.

Muffat seguía con la vista aquel perfil tan suave. aquellos escapes de carne rubia anegándose en resplandores dorados, aquellos contornos donde la llama de las bujías reflejaba sedosos brillos.

Pensaba en su antiguo horror por la mujer, ese monstruo de la Escritura, lúbrico, trascendiendo á salvajismo.

Naná era completamente yelluda, un bozo de rubia hacía de su cuerpo un terciopelo; mientras que, en su grupa y sus muslos de yegua, en los relieves carnosos ahuecados por profundos pliegues, que daban al sexo el velo turbio de su sombra, había un no sé qué de la bestia.

Sí; era la bestia de oro, inconsciente como una fuerza, y cuyo solo olor emponzoñaba al mundo.

Muffat continuaba mirando, asediado, poseído, hasta el extremo de que, habiendo cerrado los ojos, para no ver, el animal reapareció en el fondo de las tinieblas, gigantesco, terrible, exagerando su postura. En adelante, había de tenerlo allí, ante sus ojos, en su carne, para siempre.

Pero Naná se apelotonaba sobre sí misma. Un estremecimiento de ternura parecía haber recorrido todos sus miembros. Húmedos en llanto los ojos, se encogía, como para sentirse mejor á sí propia.

Después, separó las manos, dejándolas deslizar hasta su seno, que oprimió en un apretón nervioso.

Y, echada atrás, derritiéndose en una caricia de su cuerpo todo, se frotó las mejillas á derecha é izquierda, contra sus hombros, con mimo. Su boca glotona, se plaba sobre ella el deseo. Alargó los labios y se besó cerca del sobaco, sonriendo á la otra Naná, que también se besaba en el espejo.

Entonces, Muffat exhaló un suspiro bajo y prolongado. Aquel placer solitario le exasperaba. Bruscamen-

te en un arranque de exaltación frenética, agarró á Naná por la cintura y la arrojó sobre la alfombra.

—¡Déjame,—gritaba ella;—me estás lastimando!

El tenía conciencia de su derrota; sabía que era estúpida, soez y embustera, y la quería, aunque estuviere emponzoñada.

—¡Oh! ¡qué bruto!—dijo ella furiosa.

Sin embargo, se calmó. Al fin, podía esperar que se marcharía.

Después de haberse puesto una camisa de dormir, guarnecida de encajes, vino á sentarse en el suelo, ante el fuego. Aquel era su sitio favorito. Y como le interrogase de nuevo sobre la crónica de Fauchery, Muffat contestó vagamente, deseando evitar una escena.

Por otra parte, ella declaró que Fauchery se lo pasaba por cierta parte.

Después, recayó en un largo silencio, reflexionando en el medio de despedir al conde.

Hubiera querido encontrar una manera amable, porque, en el fondo, era bonachona y le dolía eso de causar desazón á las gentes, tanto más, cuanto que aquel era un cornudo, idea que había acabado por enternecerla.

—¿Con qué,—dijo al fin:—¿esperas á tu mujer mañana por la mañana?

Muffat se había tendido en el diván, con aire amodorrado y fatigados los miembros. Dijo que sí, con la cabeza. Naná le contemplaba, seria, embebida en sordas reflexiones. Sentada sobre su muslo, entre las ligeras arrugas de sus encajes, tenía uno de los desnudos pies cogido en sus dos manos; y, le daba vueltas y más vueltas.

—¿Hace mucho tiempo que estás casado?—preguntó.

—Diecinueve años,—contestó el conde.

—¡Ah!... Y tu mujer ¿es amable? ¿hacéis buena pareja?

El se calló; y después, con aire contrariado:

—¡Vaya! ¿por qué?—gritó ella, resistiéndose ya,—

No me comeré á tu mujer, de seguro, aunque hable de ella... Querido, todas las mujeres valemos lo mismo...

Pero se detuvo, por miedo de decir demasiado. Unicamente, adoptó un aire de superioridad, porque creía ser muy buena en el fondo. Era preciso no dar de sopetón tan mal trago á aquel pobre hombre. Por lo demás, habíale acudido una idea jovial; sonreía, examinándole, y añadió:

—Oye, aún no te he contado la historieta que Fauchery refiere acerca de ti... ¡Vaya una lengua de víbora! No estoy resentida con él, puesto que su artículo es posible; pero eso no quita para que sea una lengua de víbora.

Y, riendo más alto, soltando su pie, se arrastró y fué á apoyar su garganta entre las rodillas del conde:

—Figúrate, pues, que jura y perjura que lo tenías aún, cuando te casaste con tu mujer... ¿Qué dices? ¿aun lo tenías? ¿es verdad?

Y le asediaba con la mirada, y subiendo las manos hasta sus hombros, le sacudía para arrancarle esta confidencia.

—Sin duda,—respondió él, por fin, con acento grave.

Entonces, ella se abatió de nuevo á sus pies, en una crisis de risa loca, tartamudeando, y golpeándole:

—No; ¡de veras! eso no tiene precio; sólo en ti se comprende; eres un fenómeno... Pero ¡pobre perrito! ¡te debiste portar como un necio! ¡Cuando un hombre no sabe, es tan chusco! ¡Palabra! ¡hubiera querido veros!... Y ¿cómo pasó la cosa? ¡Cuéntamelo, sí, te lo ruego, cuéntamelo!

Y le asedió á preguntas, interrogándolo todo, exigiendo los menores detalles. Y reía tan á gusto, con bruscas carcajadas que le hacían retorcerse, deslizándose y remangándose la camisa, y dorándose su piel por el vivo ardor de la chimenea, que el conde, poco á poco, le refirió toda su noche de bodas.

Ya no sentía malestar alguno, y hasta encontraba

cierta fruición en explicar, según la expresión conveniente: «de qué modo lo había perdido.» Unicamente, elegía las palabras, por un resto de vergüenza. La joven, lanzada ya, le interrogó tocante á la condesa.

¡Oh! ¡la condesa estaba muy bien formada, pero era un pedazo de hielo! según decía él.

—¡Ea!—murmuró cobardemente,—¡no tiene de qué estar celosa!

Naná había cesado de reír. Volvió á su sitio, de espaldas al fuego, arrimando, con las manos enlazadas, sus rodillas hasta la barba. Y, seria, declaró:

—Querido, es muy grave eso de portarse como un ignorante con su mujer, la primera noche.

—¿Por qué?—preguntó el conde sorprendido.

—Porque sí,—respondió ella, con aire doctoral.

Y meneaba la cabeza como persona de experiencia. Sin embargo, dignóse dar más claras explicaciones.

—Mira,—le dijo;—yo sé cómo pasan esas cosas...

¡Pues bien, pequeño mío! á las mujeres no les agrada un hombre bobo. No dicen nada, por pudor; ya me comprendes... ¡Pero no te quepa duda de que piensan, y de lo lindo! Y, tarde ó temprano, cuando el marido no supo portarse, se resarcan en otro sitio... ¡Con que, ya estás enterado, lobezno!

El parecía no comprender. Entonces, ella precisó. Hacíase maternal, y le daba esta lección como buena amiga, por bondad de corazón. Desde que sabía que era cornudo, este secreto la molestaba, y tenía una comezón de hablar de eso con él.

—¡Dios mío! ¡estoy charlando de cosas que no me interesan!... Por mi parte, quisiera que todo el mundo fuese feliz... Pero ya que hablamos de eso, vamos, contéstame con franqueza.

Y se interrumpió, para cambiar de posición; el fuego la abrasaba.

—¡Cáspita! hace un endiablado calor... Tengo asada la espalda. Espérame voy á cocerme un poco el vientre... Dicen que es muy útil contra los dolores...

Y, cuando se hubo vuelto de frente al fuego, y replegados los pies debajo de sus muslos:

—¡Vaya! ¿no duermes ya con tu mujer?

—¡No, te lo juro!—dijo Muffat, temiendo una escena.

—¿Y tú crees que sea, en verdad, un trozo de nieve?

El contestó afirmativamente, bajando la barba.

—¿Y por eso me amas? ¡Contesta! ¡no me incomodaré!

Muffat repitió el mismo signo.

—¡Perfectamente!—concluyó ella.—Lo sospechaba. ¡Ah! ¡pobre perrillo!... ¿Conoces á mi tía Lerat? Pues, cuando venga, haz que te cuente la historia del frutero que vive delante de su casa... Figúrate tú que el tal frutero... ¡Voto á!... ¡cuánto arde este fuego! He de volverme otra vez. Ahora me coceré el costado izquierdo.

Y, presentando la cadera á la llama, le ocurrió un chiste, y se burló de sí misma bonachonamente, feliz con verse tan gruesa y tan sonrosada, en el reflejo de la chimenea.

—¿Qué tal? parezco una oca. ¡Oh! ¡eso es!... una oca en el asador... Doy vueltas y más vueltas... De veras, me estoy cociendo en mi propio jugo.

Volvió á reír á mandíbula batiente, cuando se oyó un ruido de voces y de puertas que se abrían y cerraban. Muffat, atónito, la interrogó con la mirada. Ella se puso seria, con aire de inquietud. De seguro era el gato de Zoé, un maldito animal que lo rompía todo. ¡Las doce y media! ¿A qué fin se tomaba la pena de tratar con tantas consideraciones á un cornudo? Ya que el otro estaba allí, era cuestión de despedirle y cuanto antes.

—¿Qué decías?—preguntó el conde con complacencia, hechizado al verla tan amable.

Pero, en sus deseos de darle pasaporte, presa de